

Carlos Cruz Echeverría:

el médico que jugaba con palabras coloquiales cartageneras



Álvaro Monterrosa Castro

Docente de la Facultad de Medicina Universidad de Cartagena

En las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado, inmerso en la cultura cartagenera efervescente y proliferante anduvo por las calles de La Heroica un médico dedicado al ejercicio profesional de la medicina, específicamente de la neurología, mientras exponía y criticaba de forma literaria todo cuanto lo rodeaba.

Este galeno se hacía llamar Carlos Cruz Echeverría. A la par de su carrera médica, por medio de columnas de prensa abordó problemáticas del quehacer deportivo, del acontecer político y de la labor educativa. Se dedicó con esmero a la denuncia de las condiciones que afectaban la integridad de su patio urbano sin olvidar que eran reflejo o expresión de los vicios que existían en el país, que sin duda conllevaban detrimento al desarrollo del pueblo. Casi treinta años después, muchas de sus posturas, opiniones, consejos, "jaladas de orejas" o "pellizcos", siguen siendo válidos, pertinentes y asertivos.

Entre sus numerosas líneas y columnas de prensa local y regional, se observa al doctor Carlos Cruz Echeverría moviéndose y adoptando posturas que permiten considerar de vanguardia su pensamiento. Sus escritos son valiosos y deben ser considerados para comprender el devenir cartagenero y su camino hacia el presente siglo, vale la pena analizarlo no solo desde el punto de vista médico, sino desde el punto de vista filosófico, lingüístico, literario y de compromiso social.

Uno de los aspectos que se observan a primera vista en los diferentes

textos es el hábil manejo de la palabra coloquial. El doctor Carlos Cruz Echeverría las tomaba desde la cotidianidad del pueblo cartagenero, desde la expresión folclórica o desde el diálogo costumbrista local y con ellas adornaba o explicaba su punzante crítica social, sus requerimientos apuntaban a la mejoría de la educación médica o para educar la salud mental de la comunidad. Jugando con las palabras del cartagenero de las barradas de todos los estratos sociales, se observa que se preocupó por que su discurso tuviese eco y fuese comprensible para el cartagenero del común. En sus anotaciones sobre medicina deportiva neurológica trató de enfocar de la forma más sensata posible las problemáticas, sin la pretensión ni la pompa rimbombante de aquellos que solo quieren sobresalir en la complejidad de las afirmaciones. Se nota la picaresca, la burla y el barullo en su crítica persistente y en la denuncia de las incomodidades que lo aquejaban personalmente y que perturbaban al ciudadano cartagenero e incluso al pueblo colombiano.

Cruz Echeverría dejó de lado el uso de textos, situaciones y referencias que pudiesen ser farragosas al lector del común. Sus frases cargadas de calor y trópico fueron de arquitectura lingüística sencilla, expositiva o reflexiva, según considerara, acercando al lector, quien debió encontrar en las palabras, así como en su articulación, las mismas brisas y sopores de su realidad. Dejó que el lector comprendiese las complejidades del tejido nervioso central, con su maraña de células y condones nerviosos productores de eventos normales como la sensibilidad táctil, así como las enfermedades que desde siempre han sido generadoras de ansiedades



y temores como las convulsiones y la aterradora epilepsia. Para explicar estas situaciones con el recurso de las siguientes palabras o expresiones populares, y solo son algunas de las más utilizadas, hay que ser todo un jugador de la palabra nativa y un atento vividor de la realidad mágica de Cartagena: “descocado”, “astrobus”, “tutiplén”, “mandarria”, “soltar cordel”, “baqueteado”, “zipote”, “volar la piedra”, “enjaquimar”, “zancadilla”, “cicatero”, “turulato”, “vagabunderías”. Con muchas expresiones graciosas remató su prosa. Por ejemplo, repetía a cada rato: “timbilimba”, “bicoca”, “monda y lironda”.

Por sus relatos y textos corre lo gracioso, lo político y lo académico. Pareciera que con ellos el escritor se entretiene, se relaja, se enfurece a ratos y los presenta sin asombro. Ahora bien, la originalidad del autor no solo radicó en su capacidad para escribir sin palabras de exigentes academias de lengua, sino en la forma de redactar y estructurar las columnas, donde en cada una de ellas se observa un febril aporte para alcanzar la reivindicación de lo costeño y del sabor Caribe. Ello se nota a mayor profundidad en los relatos con visos y cortes de novela que realizó, donde retrató personajes, eventos, cotidianidades, anécdotas e incluso chismes que se destilaban desde los pasillos y corredores donde los diversos estudiantes de Medicina, de la Universidad de Cartagena, realizaban su crecimiento profesional.

A través de sus líneas proyectaba su cultura y su alto grado de pertenencia por todo lo que acontecía en El Corralito de Piedra. Un ejemplo de ello es el siguiente párrafo tomado de su columna titulada El callejón de las flores:

Después que el renolito se fue, nos regalamos un concierto de salsa proveniente del tocadiscos de Victoria. La música de la Aragón me hizo vibrar el corazón. La gente trabajaba de sol a sol, viven felices a su manera, desprevenidos de los efectos de la indolente piqueta del progreso. No hacen conciencia de que tarde o temprano los erradicarán de ese céntrico lugar, cercano al histórico Castillo de San Felipe. Cuando al fin terminaron el trabajo, salí salitroso de ese mundo atrasado, mi cabeza iba poblada de increíbles recuerdos y me dije: “No vi por ninguna parte las tales flores, lo que vi fueron puras zarzas”.

Como puede verse en la cita del párrafo anterior, el doctor Cruz disfrutaba con orgullo de la cotidianidad del costeño y su contexto, que siempre eran un buen motivo para escribir y pensar cómo esa realidad podía cambiar

El Universal

inédulas
de 1988

EDITORIAL

Las transfusiones olímpicas

No discuro por medio de esta columna acerca de temas de medicina, a menos que los acontecimientos que se derivan de su aplicación o descubrimiento, como ocurrió en la arribada de los denturistas o costarricense. El otro día me motivó el tema de la Mujer que aludó su vientre, en Londres.

Hay nos sobrealta el hecho inaudito contenido en las declaraciones de Don Miller, presidente del Comité Olímpico de USA (COEUI), quien catóticamente y ante las evidencias, tuvo que confirmar a la prensa su poco vergonzoso, de que algunos miembros del equipo olímpico de USA, que participaron con éxito en los Juegos Olímpicos de Los Angeles, recibieron transfusiones de sangre no terapéutica, sino con el objeto de aumentar su fortaleza y su resistencia en las competiciones olímpicas.

“La composición hubiera quedado oculta —no hubiera podido a mayores— de no haber mediado la circunstancia de que el ciclista Mark Whitehead, tuvo la mala suerte, de que presentó una reacción de incompatibilidad a los paquetes de glóbulos rojos que le transfundieron, lo cual hizo aflorar el “top secret”, secreto de estado, que dio estruendo en la prensa y los ocasionando un río de tremendas reportajes.

La sangre en transfusiones indirectas es un elemento valioso para combatir las hemorragias y las afecciones crónicas, que debilitan el funcionamiento de la mente y los otros órganos, y ahora aplicadas a deportistas los vigila y los aumenta la capacidad competitiva. Esta última aplicación apareció ahora en Los Angeles.

Se asoma a mi conciencia las sanguijuelas humanas de nuestro país que en fechas recientes hicieron su agosto con gente peupurrina, a quienes le vendían sus venas, para coleccionar este líquido precioso en el exterior, a altos precios. Muchos de estos pobres diablos murieron.

Las “transfusiones olímpicas” gringas produjeron medallas de oro y plata, que en este momento están en duda. Este acontecimiento es abecedario y de él se pueden sacar muchas enseñanzas científicas, por los comportamientos humanos que le estuvieron en juego. En líneas generales se puede manifestar que la idea de los médicos de fabricar un superhombre en bruto, lo censurable es que se haya realizado a ocultas trochardillas y que solo favoreciera a los estadistas. Es un error de estado que tendrá un precio alto.

Hay críticos que analizan y le dan un cariz político al asunto e infieren que la motivación del acto, y el uso de esta “arma sangünea” fue la de conseguir asistas inventibles, que garantizaran el éxito de la Olimpiada en contra de los rusos y demás países socialistas. En tiro solitario, porque los acontecimientos históricos nunca por el fioco.

Las autoridades deportivas del COEUI y similares, en sus declaraciones se han declarado sorprendidas y han anunciado la realización de investigaciones exhaustivas y severas sanciones para los culpables. Esta actitud es digna de elogio, pero no debe ser el punto de partida para hacer una transfusión es un acto complejo que requiere la complejidad de mucha gente. Por otro lado, el catálogo de las sustancias estimulantes de uso prohibido, no figura la sangre y no se puede demostrar la presencia de sangre extraña en el organismo por medio de exámenes de laboratorio, como ocurre con las drogas. Solo existe el testimonio de la oveja negra de Mark Whitehead, quien más bien debería llamarse desde ahora cabesnegra.

Un concepto médico olímpico será el que definirá el uso de la sangre para todos los atletas.

Carlos Cruz Echeverría

El escritor y la realidad



Carlos Cruz Echeverría

Hay quienes piensan inconscientemente, que hacer esas cuartillas es cosa fácil y nada del otro mundo. En ocasiones algunas personas bien intencionadas y estimuladas por circunstancias —momentáneas— toman la decisión de dedicarse a estos menesteres. Desdichadamente, al rato, tiran la taula en mitad del camino. Quienes tienen experiencia en estos asuntos, conocen lo recio y la paciencia que demanda esta inclinación. Posiblemente quienes tienen la creencia de lo elemental que es escribir, aún tienen vivida en su conciencia el prejuicio de que la habilidad para escribir la determina un fenómeno ambiguo llamado “inspiración”. Este concepto da la impresión de que en el Cerebro de los Escritores se produce un chipazo, o que un estímulo singular y eficaz es el que hace producir literatura. Hay otras personas que piensan que hay fuerzas sobrenaturales que iluminan el pensamiento. Estas interpretaciones son prolijas y alejadas de la realidad. Crear una obra literaria, incluso que esta produzca un estímulo de la actividad del Cerebro estimulado por el mundo exterior. Es palabra equivocación, creer que hay ideas sin causa objetiva. Pienso que estos prejuicios son el resultado de las Musas del Farnaso, que protegen e iluminan el castumen de los poetas hebreos.

La categoría de Inspiración da la idea de que el proceso intelectual se produce sin trabajo, y la realidad es que, los Vagos jamás han producido nada.

El concepto científico actual es que para crear algo de valor hay que poner en tensión todas las fuerzas psíquicas y se aumenta el metabolismo y los procesos de excitación de la Corteza Cerebral hasta alcanzar la meta deseada. El buen estado del ánimo es el complemento que facilita el desarrollo de las capacidades psíquicas.

Por otro lado es equivocada la opinión del libre albedrío e independencia del Cerebro en la producción de pensamientos y actos voluntarios. El contenido de la conciencia y sus frutos los conceptos se recoge del ambiente social mediante la ayuda de los Organos de los Sentidos. Para el Cerebro del Escritor, la materia prima para sus descripciones está en la realidad objetiva. Indisolublemente vinculada con su pensamiento. Esta realidad es múltiple y diversa, lo que acontece en el ambiente social, en el trabajo, la actividad y las interrelaciones profesionales, estudiantiles, los conflictos, las desigualdades e injusticias sociales, las habituales Convenciones políticas, la oposición reticiva la liquidación de la pobreza absoluta, la violencia, el fanatismo, etc. Este es el carbón que suministra combustible a las Neuronas para producir ideas, emociones y actos voluntarios. Es fuerza aliar, que tendrá mayor claridad y profundidad quien tenga mayor Cultura.

El famoso escritor Victor Hugo en una ocasión sentenció: “Cuando escribo algo me olvido del Mundo, pienso sobre esto cuando como, cuando duermo y cuando convengo con alguien.”

En mis escritos no hago otra cosa que acomodar estas sabias normas y remarcar en mi estilo las situaciones que me circundan, para tratar de luchar contra la explotación social, las lacras y el abuso de los valores humanos. Practico mi vocación del derecho de pensar e informar.

y ser diferente en beneficio del pueblo, por supuesto. Pero, como buen académico, también criticaba aquellas tendencias del cartagenero que desvirtuaban el propósito de ciertas manifestaciones culturales como lo expresaba en una columna de noviembre de 1982 titulada Las fiestas novembrinas:

“Hoy la fiesta del Once de Noviembre ha perdido su sabor criollo e infunde temor, y, se ha reducido a una caseta de baile y unos tugurios ubicados en el sector del antiguo barrio de Chambacá, que servirá de escenario al mal gusto de estas fiestas y sus actores”.

Más con presteza de prestidigitador que de purista de la lengua o editoralista, o de escritor refinado, o rimbombante, realizó un uso efectivo del lenguaje y lo utilizó para distintos propósitos según consideraba, para reseñar una anécdota personal —con la cual siempre pretendió enseñar o destacar algo—, para criticar la actuación

deleznable de los políticos, para hablar sobre la educación o sobre la medicina. En cualquiera de esos casos, lograba mantener la atención de quienes lo leían. Sus comentarios sobre educación, política y sus entretenos con la corrupción, la pobreza en las barriadas cartageneras y bolivarenses, así como la “vista gorda” de la justicia, parecen escritos para un día como hoy, en el que la desigualdad y la falta de oportunidades persisten, aunque sea otro siglo.

Como jugador de palabras, bohemio, contador de anécdotas y líder en su ciudad dejó textos llenos de pensamientos que deben ser visibilizados. Se hace necesario rescatar del olvido el pensamiento y obra de médicos y otros profesionales de la Universidad de Cartagena, como Carlos Cruz Echeverría, que con originalidad aportaron datos, análisis, opiniones o comentarios sobre problemáticas que nos han desbordado, que siguen allí presentes

y cuyas aristas fueron escudriñadas por esos profesores.

El profesor Carlos Bautista Cruz Echeverría nació el 29 de agosto de 1927. Realizó estudios de Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad de Cartagena, donde se graduó y obtuvo el título de Médico en la promoción de 1956. Realizó la tesis: Peritoneoscopia aplicada al diagnóstico de las vías biliares. Previamente, entre los años de 1952 y 1957, siendo estudiante de Medicina, fue disector y jefe de trabajos prácticos del Departamento de Morfología de la misma universidad. Prestó el servicio de internado en el Hospital Santa Clara por doce meses, entre 1954 y 1955. Posteriormente, partió a México, donde realizó estudios en Neurología Clínica.

A su regreso en 1959, se vinculó a la Facultad de Medicina de la Universidad de Cartagena donde fue asignado al Departamento de Anatomía, por muchos años fue el encargado de la cátedra de Neuroanatomía. Era diestro en el dibujo anatómico y con su habilidad asombraba a estudiantes y a otros docentes. Dibujaba con tizas de colores en el tablero las diferentes vías nerviosas, con las cuales explicaba el funcionamiento e interconexión de las señales eléctricas dentro del sistema nervioso central y su comunicación con el sistema nervioso periférico, y el entorno del individuo.

No fue un científico puro, aislado del mundo y de sus problemas sociales, todo lo contrario, la sensibilidad social y humana lo llevó a moverse a la vanguardia del ámbito político y la dirigencia social. Fue concejal de la ciudad de Cartagena en varios periodos, dirigente deportivo local y nacional, realizó aportes desde el área médica en el campo del boxeo. Sus textos sobre la postura profesional médica para el cuidado y protección de los boxeadores se publicaron en diferentes medios, incluso en lengua inglesa. No obstante, nunca perdió oportunidad para educar a la comunidad sobre aspectos referentes a la salud, especialmente sobre la salud mental. Escribió dos relatos: Pasiones de biches y maduros, y la novela Los asombros de Congobarato, donde combinó con maestría el sarcasmo y el humor, burlándose de la realidad social que le tocó vivir y de la realidad mágica del Caribe y sus actores.

Como un hombre pacífico, de lento caminar, de bohemia moderada y gran conversador es aún recordado por muchos de sus alumnos, compañeros y amigos. Falleció en la ciudad de Cartagena el 13 de octubre del año 2002 a la edad de 75 años.